

labores...» Del impulso de esta industria nos da una clara idea la matrícula de tributos, en la que aparecen 1.328.000 lios de mantas (72.000 piezas y 96.000 camisas). Densamente poblado el imperio, llevada á alto grado la labor agrícola, más y más crecida la porción de los grupos opresores, esta manifestación industrial pudo desenvolverse al punto de que el producto pasara, como ya hemos visto, de las necesidades de la demanda á figurar como signo de cambio en las transacciones mercantiles.

Anexa en cierto modo á la industria del vestido era la de las plumas, que completaba la indumentaria. Penachos, mitras, petos, adornos de túnicas nobiliarias salían de las hábiles manos de los *amanteca*; y de esta labor, infinitamente refinada, surgió la pintura y la construcción de mosaicos, á la que ya nos hemos referido en anteriores párrafos. Cazaban con redes ó criaban los pájaros destinados á proporcionar las plumas para estos trabajos, aprovechando toda la inmensa variedad de aves que rasgan con sus alas los horizontes de la tierra mexicana.

De la perfección de la obra son asimismo admiradores calurosos los primeros españoles que pisaron el suelo azteca. El padre Acosta se extasia ante la brillantez del colorido, la finura del dibujo y la destreza para imitar el trabajo del pincel. Cortés, Bernal Díaz, Gomara, Torquemada, no se muestran más tibios. El arte indígena, que la primera cualidad de la raza, la paciencia, ha hecho flexible, casi frágil, encuentra en esta industria uno de sus principales elementos de expansión.

La organización industrial, destinada á satisfacer las más apremiantes exigencias de la vida social, marcó de por fuerza las explotaciones de las substancias primas que abundaban en el territorio. Fueron las primeras los agaves y las plantas filamentosas; vinieron más tarde las de otras materias del reino vegetal y mineral.

Vino la fabricación del azúcar, obtenido del jugo de la caña del maíz; la de las bebidas espirituosas, extraídas de la misma caña, del maguey, de las palmas y de la piña; vino la de la sal, mediante primitivos métodos de lavado de los terrenos salitrosos del Valle; vino la del chocolate, preparado con granos de cacao; y vinieron también los objetos de la existencia doméstica: los muebles, las camas de junco, los vasos de corteza, las esteras de hoja de palma y, muy particularmente, los productos de alfarería.

Fué, en efecto, la alfarería una de las más antiguas industrias de las diversas civilizaciones que en el Anahuac se sucedieron. Pertenece, dicho queda, á la época en que la tribu nómada se inmoviliza por vez primera en el suelo; la conocieron los nahoas y de esos grupos la tomaron, mejorándola sucesivamente, los que detrás siguieron. En los últimos años del florecimiento azteca, el arte de trabajar la arcilla presentaba objetos de cierta elegancia; cubríanlos de un barniz color de ocre sobre el que trazaban complicadas pinturas. De la consistencia de éstas puede juzgarse por algunos vasos de los sepulcros de Cholollan, que después de haber permanecido bajo tierra casi más de cuatro siglos, conservan toda la primitiva brillantez de sus matices. A ocasiones subordinan la utilidad á la fantasía; de aquí vasos de figuras grotescas, de animales imposibles, de ídolos deformes; el artífice ha reemplazado al operario, ha puesto el alma de un símbolo en la obra, marcando en estos objetos familiares el camino de un ideal, primer esfuerzo de un arte incipiente, que más tarde había de encontrar materiales de mayor consistencia, más apropiados, más técnicos, por decirlo así, para su manifestación.

Encontraron esos materiales en los productos del reino mineral, aprovechados en los primeros tiempos en las necesidades de la existencia doméstica, luego en las de la defensa de los grupos (armas) y por último en las industrias suntuarias.

No sólo explotaron los meshica los minerales encontrados en la superficie de la tierra, sino que la profundizaron, abrieron pozos, trazaron galerías, iniciaron, en una palabra, una extensa labor subterránea que puso en movimiento una gran masa metálica.

Las artes y las industrias metalúrgicas se desarrollaron á medida que esta labor iba avanzando. Ciertamente, no conocieron el hierro, ó si lo conocieron no supieron explotarlo; pero el metal más viejo de las más viejas civilizaciones, el cobre, figuraba de preferencia en la lista de las materias primas minerales. Lo aliaban al estaño, para darle mayor dureza; así fabricaron hachas, cinceles y otras piezas cuya resistencia ha llamado fuertemente la atención.

Crecieron en importancia las artes de vaciar, grabar, cincelar y esculpir los minerales; esparciéronse las obras de platería, abrióse la demanda á los trabajos de lapidaria y adiestráronse más y más los operarios en la tarea. Fabricábanse vasos de oro y plata en las principales ciudades del imperio; labrábanse vajillas de metales preciosos; construíanse joyas de una habilidad sólo comparable á su riqueza. Los conquistadores españoles se sorprenden ante algunos de esos trabajos, que los mismos plateros de Sevilla encuentran inimitables. Artes que se han perdido, labores olvidadas, quizás al influjo de la transformación del trabajo nacional, puede ser al del cambio de régimen industrial y social, ó acaso al de la acentuada decadencia de la raza indígena en contacto con otra civilización.

La industria prehispánica fué, pues, pasando por todas las diversas etapas que señala la historia de la evolución social y económica de otros pueblos: doméstica, en sus comienzos, destinada á llenar las necesidades de la conservación directa del grupo, acude, más tarde, á las de su conservación indirecta, cuando de repeler las agresiones extrañas se trata; se amplifica y esparce con la conquista y el comercio, y se perfecciona, se sutaliza, se quintaesencia, con los refinamientos de lujo que hacen nacer en las clases opresoras los sentimientos estéticos.

El último eslabón de esta cadena debemos encontrarlo quizás, porque responde á una necesidad intelectual, en la industria del papel, elaborado con la fibra del maguey, y del que, si hemos de atenernos al Códice Mendocino, se hacía en el imperio azteca un gran consumo.

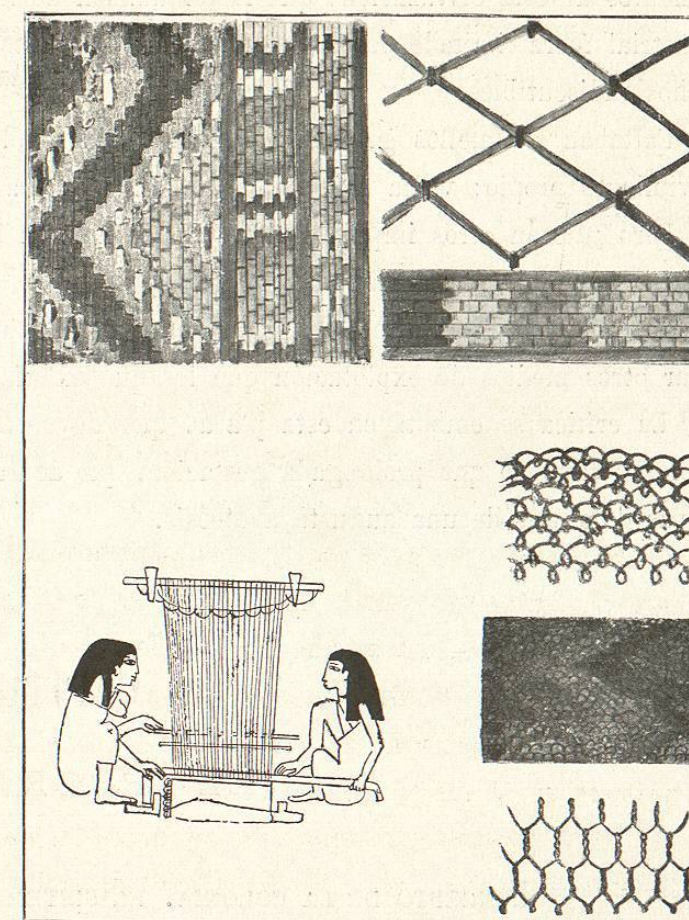
Se fabricaba macerando las hojas de la planta, hasta separar la parte carnosa; se limpiaban los filamentos y se hacían con ellos capas; bruñíanse después y se formaban pliegos. También se elaboraba un *papyrus*, empleando un procedimiento muy semejante al de los antiguos chinos en la fabricación de igual producto.

Utilizaban los aztecas el papel y el *papyrus*, no sólo para dejar en los pliegos trazadas con pinturas jeroglíficas las hazañas de sus dioses y de sus héroes, sino para confeccionar objetos presentados como ofrendas religiosas, para adornar las piras de los templos y aun para hacer vestidos.

Réstanos decir que las materias colorantes empleadas en la pintura del papel y de las telas las extraían los antiguos mexicanos de las diversas substancias vegetales y minerales que en el espacioso territorio abundaban. Y fueron también maestros, maestros por la atención y la perseverancia, de este arte primitivo, auxiliar eficaz de su Historia.

Desarrollóse ante la posibilidad de expansión del trabajo y de la riqueza social, la demanda de las clases superiores, y, aunque siempre dirigidos por estrechos cauces, los productos industriales fueron lentamente ganando los otros grupos, que aprovecharon las migajas que dejaban caer en sus festines los poderosos. De este modo, pudo aquella sociedad conservarse y progresar, persistir y crecer, constituir, en una palabra, una civilización que los caracteres de la conquista castellana había de modificar esencialmente, cambiando, ya que no los elementos constitutivos del medio y de la raza, las orientaciones y el desenvolvimiento, la dirección y las finalidades.

Estado de la industria á la llegada de los españoles.—El capitán extremeño da una idea bien clara del grado de explotación de la riqueza del país en sus cartas al emperador Carlos V. Su descripción del mer-



Telar y tejidos de algodón de los mayas

cado de México, con la noticia de todas las producciones que á él acudían, son datos reveladores acerca de la materia.

¿Pudieron los conquistadores, animados del deseo de exaltar la magnitud de su conquista, como cree un historiador mexicano, traspasar los términos de la verdad y presentar extremada, fuera de sus reales límites, la situación de los pueblos sometidos?

En apoyo de estas narraciones hay algo más que palabras escritas; hay objetos, hay productos, hay materias del trabajo indígena. La lista de las curiosidades enviadas por Cortés al monarca español no es solamente la afirmación de una rica fantasía. Ahí están los componentes de una civilización; ahí, las resultantes de una sociedad organizada.

Que las condiciones de esta labor no permitieran un equitativo reparto, una difusión completa de los elementos de esta civilización; que la circulación no llegara á todas las celdillas del organismo y el esfuerzo industrial fuera limitado por las restricciones impuestas por un régimen de desigualdades y privilegios, son hechos indiscutibles.

Faltaban á aquellos grupos, lo hemos dicho, solidaridades, faltábales unión; carecía el agregado de movimiento propio; venía éste impuesto, forzado; era una ley de obediencia y no un acto voluntario.

Pero ¿dieron otros impulsos al trabajo, señalaron otros derroteros á la producción, amplificaron el consumo los conquistadores castellanos?

Las nuevas clases directoras no pudieron implantar otro sistema que el que entonces imperaba, ni imaginar otros medios de explotación que los que existían, ni inspirarse en otras ideas que en las dominantes. La crítica se embota en esta placa, que devuelve todas las armas que le son dirigidas: el Progreso es el producto de una prolongada gestación, que acusa convulsiones irremediables, necesarios sufrimientos. Etapas dolorosas de una augusta apoteosis.

CAPÍTULO III

EL ERROR COLONIAL

CONCEPTO DE LA COLONIA. EL SISTEMA: PROHIBICIONES Y PERSECUCIONES.

LA COLONIA Y LA METRÓPOLI; ARRAIGO DE LAS INDUSTRIAS. PRIVILEGIOS Y MONOPOLIOS; EL ESTANCO Y LA ALCABALA. LA EVOLUCIÓN INDUSTRIAL DURANTE LA CONQUISTA Y EL VIRREINATO.

EL GOBIERNO DE LA NUEVA ESPAÑA Y EL DESARROLLO ECONÓMICO; LA IGLESIA

Y LA INDUSTRIA. FUNDAMENTOS DE LA INDEPENDENCIA. RESUMEN

EL error colonial no fué de un pueblo, fué de una época. Las ideas que lo informan arrancan de un principio aceptado por todos los países de la Europa conquistadora: la explotación inapelable de los nuevos territorios en favor de la metrópoli. Esto era una necesidad y una justicia, en el criterio de los tiempos.

La colonia estaba destinada á proporcionar los recursos indispensables á los gastos del Estado colonizador, siendo á la vez para éste su obligado mercado de consumo.

Revilla Gigedo ha escrito en las *Instrucciones* á su sucesor: «No debe perderse de vista que esto es una colonia, que debe depender de su matriz, de España, y debe corresponder á ella con algunas utilidades por los beneficios que recibe de su protección, y así se necesita gran tino para combinar esta dependencia y que se haga mutuo y recíproco el interés, lo cual cesaría en el momento en que no se necesitase aquí de las manufacturas europeas y sus frutos.»

No fué otra la política que, á semejanza de España, observaron los países de la Europa colonizadora;

el monopolio de la industria metropolitana, las limitaciones á la explotación de los poseídos territorios, los privilegios, la persecución, los medios empleados.

Holanda prohíbe terminantemente el cultivo de árboles de especias en sus posesiones de Oceanía, limitándolo á algunas islas, sobre las que le es fácil ejercer una activa vigilancia; Portugal impide con severas penas que las minas de diamantes del Brasil sean explotadas por otra empresa que la privilegiada; Francia eleva obstinados obstáculos á las abundantes pescas del Canadá, y la misma Inglaterra, tan amplia en conceder libertades de orden social y político, se muestra inflexible en materia económica. A principios del siglo XVIII decía lord Chatham: «Las colonias inglesas no tienen derecho para fabricar una sola espuela.»

Un falso concepto acerca de la riqueza pública había dado origen al *sistema mercantil* como único conducente á la prosperidad de los Estados. En virtud de esta fórmula, un país sólo obtiene utilidades en perjuicio de otro. El comercio era una guerra, como una guerra el estado en que vivían aquellos pueblos.

La *balanza de comercio* señala año tras año las ganancias realizadas por cada nación; cuando el valor de las mercancías enviadas á las comarcas extranjeras, excede al de las recibidas de esas mismas comarcas, el país logra un beneficio que se salda en especies metálicas. El oro y la plata eran las únicas riquezas, y de aquí el afán inmoderado de acudir á esas fuentes. La fábula del *Vello de oro* se reproduce en el nuevo continente; ella determina para Europa la pérdida de sus dominios coloniales.



Anillo de oro tolteca

Un error económico detuvo la evolución de las colonias, que, al llegar á cierto período de su crecimiento, sintieron con el aguijón de nuevas necesidades la posibilidad de alcanzar los elementos de satisfacerlas. La emancipación fué un impulso que tendió, al par que á las libertades públicas, á la expansión del comercio y de la industria, estorbada por un largo pero acaso explicable desconocimiento de las fuerzas que llevan á la humanidad hacia el progreso.

El sistema.—El más grave reproche que puede dirigirse á los dominadores castellanos, primero, más tarde al gobierno colonial, es no haber respetado una sola manifestación de vida económica de las que en la tierra conquistada encontraron. Quisieron los nuevos grupos directores borrar todo vestigio de la civilización aborigen; substituir uno por otro sistema de explotación, sin aprovechar ninguno de los materiales que les legara el desbaratado imperio de los meshica.

Existía,—hemos de comprobarlo en la parte de esta obra consagrada á la evolución de la Hacienda Pública,—un sistema fiscal bien establecido; presentábase, lo hemos visto ya, una organización industrial bastante definida; y, dentro de las restricciones marcadas por el carácter de aquella sociedad, todos los productos naturales conocidos eran aprovechados en beneficio del bienestar común.

La obra de la Conquista fué demoledora: rechazó esos materiales, destruyó esos elementos y trabajó sin descanso en suprimir muchos de esos productos. Inevitables consecuencias del nuevo programa económico-administrativo. Pero este programa fué tanto más lamentable cuanto que la nueva colonia se fundó en una comarca preparada á su marcha evolucionista, en la que no sólo se ofrecía un territorio extensamente cultivado, sino una población iniciada en la labor industrial, un grupo humano dispuesto á un desarrollo más vasto de actividades.